

Cuento

Un padre tenía un hijo que en la escuela adelantaba poco en sus estudios, pues era distraído poco aplicado, por lo que siempre estaba en el último banco.

El padre estaba disgustadísimo con el niño y constantemente le preguntaba

— ¡Quej ¿todavía sigues en el último banco?

— Si, papá contestaba el niño invariablemente

— Cuando querrá Dios que te apliques hijo mío y dejes de estar en el último banco, ese día será para mí uno de los más felices de mi vida.

Así las cosas, un día a final de curso, llegó el niño a su casa, muy contento.

— Papá, ya no estoy en el último banco.

— ¿Que me dices hijo mío? Ven ven que te voy a comer a besos, y llamando a su mujer la dijo: Ponle al niño su mejor ropa que me lo llevo al circo y al cine pues has de saber que ya no está en el último banco.

Y dicho y hecho, el padre llevó al niño al circo, al cine a la pastelería, a casa de familiares y ni que decir tiene que el peque se aprovechó de lo lindo en comer caramelos, pasteles, etc.

Regresaron a casa y el padre le dice al hijo.

— Vamos a ver, hijo mío, que con las emociones del día aún no me has dicho los méritos que has hecho para no estar en el último banco.

Y el niño, muy serio contestó.

— Papá, porque lo están pintando.



Como me lo contaron

El tío Blas se está muriendo. Su mujer se va corriendo a casa del Médico, sin hacer caso de la tormenta que reina y una vez allí empieza a llamar a la puerta fuertemente. A los fuertes porrazos se despierta el durmiente y se asoma a la ventana.

¿Quié es Vd? ¿Qué se le ofrece? le pregunta gritando.

Soy Meliana, la mujer del tío Blás que se está muriendo y venía para que Vd. me diera una medicina.

El doctor sabiendo la enfermedad que padece y la medicina que le ha de aliviar, garabatea rápidamente unas líneas y se las tira a la mujer, que no consigue alcanzarlas, debido al fuerte viento reinante que se lleva lejos el papel.

Al darse cuenta el Médico vuelve a escribir la receta y atándola a un ladrillo para impedir que el viento

se la volviese a llevar, se la tira nuevamente a la mujer diciéndole:

Que se tome una cada dos horas. La mujer lo recoge y se marcha a casa.

Al día siguiente, la primera persona que vé el doctor al salir a la calle, es a la misma señora que va llorando a moco tendido.

¿Pero señora, porqué llora de este modo?

Por que el tío Blás se ha muerto.

¿Qué no le dieron la medicina?

La medicina si que se la dimos, pero como era tan grande la tuvimos que romper en trozos, y al tercer trozo que le dimos se murió.



Un norteamericano, Frederic Marhey, deglutía cien ostras en seis minutos y el señor Franz sorbía cincuenta huevos en una hora corta.

En diciembre de 1902 se efectuó un duelo entre Carlos Obrain y Patric Diwen, los que habían poco antes devorado siete kilos de carne en un almuerzo, pero el primero abandonó la partida cuando vió a su adversario tragarse tres kilos y medio de lomo en tres minutos.

J. T. Daniel, de Bayers (USA) se comió cinco docenas de huevos fritos y un pan y se bebió un litro de agua en 25 minutos.

Otro caso flamante en nuestros días fué el del soldado norteamericano Chester Salvatori, cuyo racionamiento le salía muy caro al ejército norteamericano. Salvatori que no pesa más que 70 kilos suele desayunar con cuarenta huevos, ocho rajas de tocino y una ración de harina de avena, con tres litros de leche y uno de café. En cierta ocasión se comió un pavo de 7 kilos y medio. Otra vez merendó 36 chuletas de cerdo y ocho litros de helados.



Durante la guerra entre Francia e Indochina, del pasado siglo quedó perturbado el comercio de pelucas. A Marsella llegaban anualmente 80 toneladas de pelo. Solo en Marsella quedaba vendida la cantidad suficiente para 27.000 postizos al año.